

Precedentes

Ya al final de la Edad Media, *el principio laico* comienza a afirmarse en sí mismo de forma autónoma frente a la Iglesia. Una muestra de ese espíritu la tenemos en 1303, cuando en Anagni el rey de Francia humilla a Bonifacio VIII, apresándolo; o en el exilio de los Papas en Avignon (1305–1378). Tan graves y significativos sucesos indican una crisis muy profunda, y anticipan un cambio de época...

Este espíritu mundano es, sin duda, como ya vimos, el mismo que cobra nueva fuerza en el Renacimiento paganizante, cuando los príncipes de las naciones cristianas van *secularizando* de hecho sus planteamientos políticos (Maquiavelo +1527). La Reforma luterana, por su parte, admitiendo sin resistencia el poder de los príncipes, está de acuerdo con esta tendencia secularizadora, o al menos la consiente como un mal inevitablemente incluido en el mal del mundo.

Partiendo del Renacimiento y la Reforma

El Renacimiento y la Reforma, rompiendo la unidad espiritual de la Cristiandad, dejan en el mundo europeo muchos demonios sueltos. En realidad, los primeros reformadores protestantes no hacen sino una *reforma a medias*; no trata de aplicar hasta el final sus propios principios.

En efecto, si el protestantismo afirma la conciencia individual *frente* a la autoridad de la Iglesia, en materia de fe y costumbres; si la Tradición no vale, ni es criterio válido para la fe y la conducta; si propiamente no hay ya Iglesia, sino sólo *Dios, Escritura y conciencia personal*; si no hay en el mundo quien pueda distinguir con certeza, con autoridad *divina*, la verdad del error, el bien del mal... queda entonces *el libre examen* abandonado a su propia fuerza destructora, que acabará destrozando la personalidad humana, la condición cristiana de los pueblos y la cohesión pacífica de las naciones. Sólo es cuestión de que ese tumor canceroso se vaya desarrollando, hasta producir una siniestra metástasis que afecte a todo el cuerpo social...

Todavía es grande, sin embargo, la fuerza del cristianismo en Occidente, y así en el siglo XVII, en el *clasicismo*, parece lograrse un cierto equilibrio histórico entre el paganismo renacentista y el cristianismo, eso sí, con características muy diversas en las naciones católicas y en las protestantes. Quizá las cosas no vayan más lejos...

Los nuevos filósofos del Siglo de las Luces

Pero a fines del XVII, como no podía ser menos, esta imposible síntesis va a romperse de nuevo, y *el libre examen* exige para el mundo secular campos de emancipación mucho más amplios respecto de la fe y de la Iglesia. Dos libros de Paul Hazard, ya clásicos, *La crisis de la conciencia europea (1680–1715)*, y *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, pueden ayudarnos a entender bien el gran giro espiritual iniciado en el Occidente cristiano a partir de 1715.

«Primero se alza *un gran clamor crítico*; reprochan a sus antecesores no haberles transmitido más que una sociedad mal hecha, toda de ilusiones y sufrimiento... Pronto aparece el acusado: Cristo. El siglo XVIII no se contentó con una Reforma; lo que quiso abatir es la cruz; lo que quiso borrar es la idea de una comunicación de Dios con el hombre, de una revelación; lo que quiso destruir es una concepción religiosa de la vida.

«Estos audaces *también reconstruían*; la luz de su razón disiparía las grandes masas de sombra de que estaba cubierta la tierra; volverían a encontrar el plan de la naturaleza y sólo tendrían que seguirlo para recobrar la felicidad perdida. Instituirían un nuevo derecho, que ya no tendría que ver nada con el derecho divino; una nueva moral, independiente de toda teología; una nueva política que transformaría a los súbditos en ciudadanos. Y para impedir a sus hijos recaer en los errores antiguos darían nuevos principios a la educación.

Entonces *el cielo bajaría a la tierra*» (El pensamiento 10).

La Ilustración

Entre 1680 y 1715 se produce, en efecto, un gran asalto –religioso e intelectual, artístico y político– contra esa Cristiandad, que aún perdura en gran parte durante el *clasicismo* del siglo XVII. Partiendo de Descartes (+1650), hombres como el panteísta Spinoza, o como Malebranche, Locke, Leibniz, Bayle, radicalizan la autonomía del pensamiento y de la moral respecto de la Iglesia de Cristo. Y la mayor parte de ellos, por cierto, son «cristianos», como Malebranche (+1715), oratoriano francés, que desarrolla el cartesianismo en el engendro filosófico del ocasionalismo.

«Los asaltantes –escribe Hazard– triunfaban poco a poco. La herejía no era ya solitaria y oculta; ganaba discípulos, se volvía insolente y jactanciosa. La razón no era ya una cordura equilibrada, sino una audacia crítica. Las nociones más comúnmente aceptadas, la del consentimiento universal que probaba a Dios, la de los milagros, se ponían en duda. Se relegaba lo divino a cielos desconocidos e impenetrables; *el hombre*, y sólo *el hombre*, se convertía en la medida de todas las cosas; era por sí mismo su razón de ser y su fin. Bastante tiempo habían tenido en sus manos el poder los pastores de los pueblos; habían prometido hacer reinar en la tierra la bondad, la justicia, el amor fraternal; pero no habían cumplido su promesa, y por tanto, no tenían que hacer sino marcharse... *Había que edificar una política sin derecho divino, una religión sin misterio, una moral sin dogmas...*

«Se ha operado una crisis en la conciencia europea; entre el Renacimiento, del que procede directamente, y la Revolución francesa, que prepara, no la hay más importante en la historia de las ideas. A una civilización fundada en la idea del *deber*, los deberes para con Dios, los deberes para con el príncipe, los *nuevos filósofos* han intentado sustituirla con una civilización fundada en la idea del *derecho*: los derechos de la conciencia individual, los derechos de la crítica, los derechos de la razón, los derechos del hombre y del ciudadano» (*La crisis* 9–11).

Bajar el cielo a la tierra... Eso es: las cosas del mundo se arreglan mirando al mundo, y no con los ojos puestos en el cielo. Más pensar en el mundo, y menos pensar en el cielo. *Hay que partir de la realidad*, es decir, del mundo visible. Hay que dejarse de alienaciones celestiales. Eso es lo que podrá abrir a la humanidad el camino hacia una felicidad desconocida en la historia.

La Ilustración, difundida por los enciclopedistas franceses, consigue hacerse con los resortes del poder político a través sobre todo de la masonería, y a partir de la Revolución francesa (1789), extiende victoriosa su influjo durante el siglo XIX mediante el Liberalismo. Finalmente, consume en el siglo XX su impulso, secularizando las instituciones y en buena parte la cultura de las naciones cristianas. El mundo secular ha de construirse prescindiendo en absoluto de *la hipótesis* de un Dios, Señor del mundo, a cuya voluntad habría que someter toda la vida privada y pública.

En efecto, «la insensatez más caracterizada de nuestra época –dice Juan XXIII– consiste en el intento de establecer un orden temporal sólido y provechoso sin apoyarlo en su fundamento indispensable o, lo que es lo mismo, *prescindiendo de Dios*, y querer exaltar la grandeza del hombre, cegando la fuente de la que brota y se nutre, esto es, obstaculizando y, si fuera posible, aniquilando la tendencia innata del alma hacia Dios» (*Mater et Magistra* [217] 1961).

La masonería

La masonería, iniciada en Londres en 1717, era *deísta* en su primera época –al modo de Pope o Voltaire, Lessing o Rousseau–, y no admitía a los ateos. Eso explica que algunos clérigos y religiosos, más aficionados a clubes y salones que a parroquias y conventos, asustados por el ateísmo creciente de la época, se afilien a la masonería. Sin atacar todavía directamente a Cristo, los primeros masones, rezumando *tolerancia*, profesan

con optimismo una religión natural, una ética universal, «en la que todos los hombres pueden estar de acuerdo», también los católicos, según dicen. La Iglesia, sin embargo, entiende muy pronto el carácter determinadamente *anticristiano* de la masonería, que es condenada por Clemente XII en 1738 y por Benedicto XIV en 1751, así como por los Papas de los siglos XIX y XX.

También las monarquías europeas, en general, reaccionan contra la masonería. Pero no la resisten por principios espirituales, sino por estrategias de Estado, y eso lleva a que ya en el XVIII las coronas europeas se vean infiltradas por ella, y acepten educadores y ministros masones, que irán impulsando decididamente la secularización global de la sociedad. Estamos, pues, en el bien llamado *despotismo ilustrado*, que encuentra con frecuencia grandes resistencias en el pueblo católico, y que es el precedente inmediato del *liberalismo* del XIX.

Protestantes y católicos

Conviene señalar, por cierto, que las logias, bajo la guía superior de la Corona británica, atentaron siempre contra las monarquías católicas –Francia, España, Italia, Austria–, pero dejaron siempre en paz las Coronas protestantes, en las que no veían obstáculo para el liberalismo masónico.

Eso explica que todavía en los parlamentos de las naciones protestantes se sienten, conspicuos y respetados, los Obispos y pastores que vienen de la Reforma. Su presencia es perfectamente tolerable, pues, además de dar a la asamblea un cierto tono de respetabilidad tradicional, apenas estorban la descristianización acelerada de la sociedad, irradiada por el poder político a todo el cuerpo social.

Así las cosas, en la época contemporánea *la Iglesia católica es prácticamente la única fuerza militante en la lucha contra la secularización radical de la sociedad*. Téngase en cuenta que el paso del Evangelio a la Ilustración, es decir, la construcción del *mundo* sin referencia alguna al *cielo*, ha de realizarse en unos pueblos que en su inmensa mayoría son todavía cristianos. Por tanto, no será posible ese proceso sin contar con la pasividad cómplice de los protestantes, y sin asegurar una neutralización suficiente de los católicos. De esto último se encargarán los católicos liberales, en cualquiera de sus varias modalidades.

En cuanto a los *protestantes*, ya desde sus orígenes luteranos, al entender que entre el Reino de Dios y los Reinos humanos hay –debe haber, incluso– una separación infranqueable, promueven o aceptan sin dificultad la *secularización* total del orden temporal (+F. Giardini, *Cristianesimo e secolarizzazione a confronto*). Más aún, puede afirmarse que el secularismo liberal tiene propiamente sus orígenes tanto en el protestantismo como en las filosofías políticas del XVIII, como ya lo señaló León XIII (*Inmortale Dei* 10).

Frente a esto, y en curiosa paradoja, los países protestantes guardan en sus estructuras políticas su *confesionalidad* cristiana, mientras que el espíritu del mundo moderno ha obligado a abandonar la suya a las naciones católicas. Pero esta paradoja, después de todo, no es tan misteriosa. Sencillamente, la de los países protestantes es una *confesionalidad sui generis*, que recuerda a la de Bizancio, en la que lo religioso tiende a supeditarse a lo político; y que lleva en sí misma el germen de la secularización. Por eso puede subsistir en el orden moderno, y en cambio la *confesionalidad católica* no.

Va a corresponder, pues, a los católicos, a la Iglesia, todo el peso histórico en esta durísima lucha para mantener a Dios como fundamento de las leyes y del orden cultural y social, y para afirmar que no hay salvación para los hombres y para los pueblos y sociedades sino en la medida en que se acepta a Cristo como Rey (+Hch 4,12), a quien, después de su victoria en la cruz, ha sido dado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

Los mártires franceses de la Vendée (1793–1796), los mártires cristeros de México (1926–1929), o los mártires de España (1936–1939), no eran protestantes. Eran católicos del pueblo, que se resistían a que la presencia social de Cristo Rey fuera ahuyentada de sus pueblos, de gran mayoría cristiana.

El naturalismo liberal del XIX y sus derivados

El liberalismo consiste en la afirmación de la voluntad (de la libertad) del hombre por sí misma, por encima de la voluntad de Dios o incluso frente a ella. Es, pues, el rechazo de la soberanía de Dios sobre el hombre y el mundo. Históricamente, es un modo de naturalismo militante, *un ateísmo práctico*, una rebelión contra Dios (León XIII, *Libertas* 1888: 1,11,24). Y, por otra parte, es muy importante comprender bien que *el socialismo y el comunismo son hijos naturales del liberalismo* (Pío XI, *Divini Redemptoris* 1937).

Son de la misma sangre. *Lo humano* que, como valor absoluto, el liberalismo alza *frente a Dios* puede tomar, y ha tomado en la historia, formas diversas –la mayoría, el partido único, la raza, el jefe carismático, etc.–. Pero en lo que todas esas modalidades han coincidido siempre, lo mismo el liberalismo que el comunismo, el socialismo o el nazismo, es en el rechazo de la soberanía de Dios sobre el mundo. En todos ellos es *el hombre* el que, haciéndose como dios, establece la diferencia entre lo bueno y lo malo, sin referencia alguna a Dios y al orden natural por él creado. Todos ellos caen en la primitiva tentación diabólica: «Seréis como Dios, conocedores del bien y el mal» (Gén 3,5). Unos y otros son siempre formas del milenarismo naturalista –«el cielo bajará a la tierra»–.

El mundo moderno liberal –en el pensamiento y las instituciones, las leyes y las costumbres– se constituye, pues, ya en Occidente como una *contra-Iglesia*, pues quiere vivir *sin Dios y sin Cristo*. Y es *apóstata*, pues todo él procede del cristianismo: rechazando la guía de Cristo, en realidad se va configurando *contra Cristo*. Este mundo liberal cree que «la razón humana, sin tener para nada en cuenta a Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley de sí misma; y bastan sus fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos» (S. Pío X, *Syllabus* 1864,3).

La unidad radical existente entre liberalismo y comunismo, socialismo o nazismo, explica que *todos ellos sean profundamente hostiles hacia la Iglesia*, y que todos ellos, aunque peleen muchas veces entre sí, llegado el caso, pueden llegar a compromisos cómplices, pues coinciden al menos en lo fundamental. Todos están en la misma opción radical: «No queremos que Él reine sobre nosotros» (Lc 19,14). Todos coinciden en el principio más decisivo: «los hombres, solamente si se gobiernan sin sujeción alguna a Dios, podrán llegar a ser como dioses, conocedores del bien y del mal» (+H. Graf Huyn, *Seréis como dioses*).

Así pues, *no es la Iglesia la culpable de sus dificultades con el mundo moderno liberal* –calumnia típica, antigua y actual, no sólo de los ateos, sino especialmente de los modernistas y católicos liberales, que así pretenden justificar ante ella sus complicidades, concesiones y adulaciones hacia el mundo–. Por supuesto que dentro de la Iglesia hay pecados y torpezas, y los habrá siempre; pero es el mundo liberal el que, consumando la ruptura con el cristianismo iniciada en el Renacimiento, se va constituyendo más y más como una *contra-Iglesia*. Recordemos aquí aquello de Cristo: «el que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mt 12,30).

El naturalismo moderno contra la Iglesia

El naturalismo liberal, a lo largo del XIX y hasta nuestros días, se ha ido extendiendo *por intereses económicos* sobre todo en la alta burguesía, y también *por convicción intelectual* entre hombres de la universidad o de las profesiones liberales. Unos y otros esperaron del liberalismo –atención: o de cualquiera de sus derivaciones, ya señaladas– la felicidad de los pueblos, y aún más la suya propia. En efecto, así como Demas dejó a San Pablo «enamorado de este mundo presente» (2Tim 4,9), también no pocos católicos de las clases altas, en la sociedad civil y en la eclesial, dejaron por la misma razón el seguimiento verdadero de Cristo: «enamorado de este mundo», aunque muchos de ellos se siguieran teniendo por cristianos. Todo, o casi todo, antes que verse marginados del presente vigente; cualquier cosa, antes que «perder el tren de la historia».

Pues bien, no tiene nada de extraño que el mundo moderno libertad, partiendo de sus principios doctrinales,

haya perseguido duramente a la Iglesia en los dos siglos últimos. Unas veces lo ha hecho con las armas, otras, las más, con acciones de guante blanco, mucho más eficaces, pero, en todo caso, tratando siempre de reducir lo más posible el influjo cristiano en la vida de los pueblos.

Preciso más este punto. En realidad, *el mundo liberal moderno* –compuesto en su inmensa mayoría por bautizados–, de suyo, no ve su causa como una lucha contra Dios, en cuya existencia no cree, o si cree, lo entiende como el Ser supremo de los deístas, que no se interesa para nada en los asuntos de los hombres. Pero sí entiende *la causa de la modernidad como una lucha contra los hombres e instituciones que se obstinan en afirmar la absoluta y universal soberanía de Dios sobre este mundo*. Aquí es, precisamente, donde el liberal moderno estima como vocación propia «luchar contra los obstáculos tradicionales», contra el *fanatismo* del clero y del pueblo, contra sus innumerables tradiciones cristianas –educación y costumbres, arte y fiestas, folclore y cultura–.

El naturalismo liberal, sin duda, va en su lucha más al fondo de la cuestión. Propugnando, por ejemplo, la legalidad del divorcio o del aborto, mucho más que el divorcio o el aborto lo que le importa en realidad es *luchar contra las personas o instituciones que continúan afirmando un orden natural inviolable, fundamentado en el mismo Creador*. Ahí es donde se centra su batalla. Y es muy importante entenderlo. Al exigir, por ejemplo, «la igualdad de *derechos* entre el matrimonio y las parejas homosexuales» –algo tan manifiestamente *irracional*–, el modernismo liberal no está luchando propiamente en favor de gays y lesbianas, está luchando –sabiéndolo o no– por eliminar todos los restos del influjo de Cristo sobre la sociedad, está combatiendo por afirmar de una vez por todas una sociedad en la que, sin Dios ni orden natural, no haya más autoridad que la de *el hombre solo*. Eso es lo que de verdad le importa.

El «celo apostólico» naturalista

Notemos, por otra parte, que *el naturalismo moderno ha mostrado siempre un enorme celo proselitista*. Concretamente, el Estado *sin Dios* –sea marxista, socialista o democrático liberal– es, de una u otra forma, *un Leviatán monstruoso, que tiende siempre a dar forma mental y práctica a la sociedad*, aplastando tradiciones, instituciones y expresiones comunitarias *naturales*, reduciendo las personas a individuos anónimos masificados y manipulables, eliminando la variedad de costumbres y derechos, imponiendo una interpretación de la historia y un modelo único de educación y de sociedad, sujetando el cuerpo social con miles y miles y miles de leyes, dominando más y más la vida económica por la absorción de impuestos siempre crecientes, y fomentando decididamente en el pueblo la imbecilidad más inerme: «panes et circenses». Es la Bestia apocalíptica que, con insidiosa suavidad o con feroz violencia, conduce al pueblo a la Apostasía.

La Iglesia contra el naturalismo moderno

Consciente de todo esto, *la Iglesia católica impugna sin cesar el planteamiento fundamental del mundo moderno*, considerándolo inconciliable con el cristianismo, y causa de atroces males para la vida presente y la futura. La Iglesia ve en la concepción naturalista del mundo y del orden político una máquina para ateizar al pueblo y para aplastarlo con indecibles calamidades, que una y otra vez anuncia y denuncia.

Importantes documentos del Magisterio apostólico combaten con energía estos errores modernos (*Mirari vos* 1832, *Syllabus* 1864). La Iglesia rechaza las derivaciones naturalistas, socialistas o comunistas del liberalismo (*Quanta cura* 1864). Impugna todas las formas de concebir la vida mundana sin Dios o contra Dios (*Quod Apostolici muneris* 1878, socialismo; *Diuturnum* 1881, poder civil; *Humanum genus* 1884, masonería; *Immortale Dei* 1885, constitución del Estado; *Libertas* 1888, libertad verdadera; *Rerum novarum* 1891, cuestión social; *Testem benevolentiae* 1899, americanismo; *Annum sacrum* 1899, potestad regia de Cristo; *Pascendi* 1907, modernismo; *Mit brennender Sorge* 1937, nazismo; *Summi Pontificatus* 1939). Llama la Iglesia a superar todavía los horrores del mundo moderno por el cristianismo (*Oggi* 1944), enseña las condiciones irrenunciables de una democracia digna y benéfica (*Benignitas et humanitas* 1944), y el necesario influjo salvífico de la Iglesia sobre los pueblos (*Vous avez voulu* 1955). Y señala así los principios de justicia

y de solidaridad real que el mundo moderno está ignorando (*Mater et Magistra* 1961, *Pacem in terris* 1963, *Redemptor hominis* 1979).

Es un forcejeo incesante entre la Iglesia de Cristo y el mundo liberal moderno, que quiere construirse *sin Dios, al margen de Dios*, y a veces *contra Dios*; en todo caso, cerrado en sí mismo. Mientras *los cristianos católicos* afirman: «es preciso que reine Cristo» sobre nuestros pueblos (1Cor 15,25), *los modernos*, liberales y derivados, quieren lo contrario: «no queremos que éste reine sobre nosotros» (Lc 19,14).

Los cristianos cómplices del mundo

Quienes asedian una fortaleza buscan antes que nada la complicidad de los traidores que les abran sus puertas. Así ha sido siempre, y así ha sido en el asedio sufrido por la Iglesia en el mundo moderno. En efecto, se debe principalmente a los *católicos mundanos* –liberales, modernistas, progresistas, socialistas, etc.: círculos cuadrados– que «el yugo suave y la carga ligera» de Cristo Rey se haya finalmente retirado de los hombros de los pueblos cristianos, y que éstos se hayan visto aplastados por los horrores del naturalismo moderno, en cualquiera de sus espantosas derivaciones. En efecto, durante los siglos XIX y XX serán normalmente los *sinDios* o estos cómplices suyos quienes –con toda naturalidad y como si ello viniera exigido por la paz y el bien común– gobiernen los pueblos cristianos, procurando con éxito creciente la ateización práctica de la sociedad.

Y aquí es necesaria una distinción muy importante. Entre los católicos mundanos habrá quienes acepten el naturalismo liberal o sus derivados prácticamente, como *un mal menor que conviene tolerar*. Pero también habrá otros que lo asuman teóricamente, reconociendo en él *un bien que los cristianos deben propugnar* como verdadera causa evangélica.

Es lo que sucedió, concretamente, con *el primer liberalismo en Francia*. En un comienzo, bajo la guía del obispo Dupanloup (1802–1878), predomina *el catolicismo liberal de conveniencia*, que aún hoy tiene algunos seguidores. Sin embargo, es *el catolicismo liberal de convicción*, el que desarrolla la idea del abate Felicité de Lamennais (1782–1854), el que se afirma históricamente más y más, hasta ser hoy, al menos en las clases ilustradas, la actitud ampliamente mayoritaria de los cristianos de Occidente. Este liberalismo católico de convicción es el que vincula el Evangelio a las modalidades concretas de las modernas libertades y a los diversos mesianismos seculares. Es el catolicismo ilustrado, *más sabio que la Iglesia*, la cual, no entendiendo los signos de los tiempos, ya desde el magisterio de Gregorio XVI, condena pronto como «paridades blasfemas» esas identificaciones, o reducciones, de la salvación a ciertas causas temporales (*Mirari vos* 1832).

El católico mundano, por ejemplo, el liberal lamennaisiano, exalta con entusiasmo *el orden temporal*, todo aquello que el hombre en cuanto criatura es capaz de hacer por sus fuerzas, como si todo eso, sin más, fuera básicamente «la causa de Cristo». Y es el que, al mismo tiempo, reduce a un segundo plano *el orden sobrenatural*, lo que es don de Dios, la salvación por Cristo, el perdón de los pecados, la elevación a la filiación divina, la necesidad del mundo de la gracia. Es la típica inversión del catolicismo liberal.

–El *catolicismo tradicional*, el bíblico –ya lo hemos visto con cierta amplitud en las primeras partes– ve el mundo como «generación mala y perversa», de la que hay que salvarse y a la que hay que salvar por Cristo (+Hch 2,40; Rm 12,2; 2Cor 6, 14–18; Flp 2,15; 1Jn 2,15–16). Considera que el Espíritu divino es el único que da vida, mientras que la carne –y el mundo, que es su expresión social– es débil, y no sirve para nada (+Jn 6,63; Mt 26,41). Es el talante del catolicismo genuino que, como Clemente de Alejandría en el *Pedagogo*, ve en la Iglesia el pueblo «nuevo», el pueblo «joven» (I,14, 5; 19,4), en contraposición a la «antigua locura», que caracteriza al mundo pagano, viejo y gastado (I,20, 2).

–El *catolicismo mundanizado*, en el polo opuesto, estima que precisamente es en el mundo donde halla su principio renovador la Iglesia, y así enseña a eludir la Iglesia, o a desfigurarla con buena conciencia, siempre que ella entra en contraste irreconciliable con el mundo. De todos es conocida esa mentalidad y sus

consecuencias, pues desde hace decenios es la actitud mayoritaria entre los *cristianos descristianizados*. Es, simplemente, la Apostasía de Occidente. El abate Lamennais terminó por abandonar la Iglesia, y ése es el fin de los que le siguen, al menos si son sinceros y coherentes.

Entre el catolicismo tradicional –el bíblico, el verdadero– y el catolicismo mundanizado hay una incompatibilidad absoluta, la misma que existe entre la luz y las tinieblas. Y el Vaticano II es muy consciente de ello, cuando afirma con toda claridad que «si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras» (GS 36c). Pero el catolicismo mundano –liberal, socialista, liberacionista o lo que sea– piensa justamente lo contrario. Estima, con pleno acuerdo y aplauso de su amigo el mundo, que el mundo secular –el pensamiento y el arte, las instituciones y el poder político, la enseñanza, todo– sólo puede alcanzar su mayoría de edad sacudiéndose el yugo de la Iglesia. Y simétricamente, considera también que *la Iglesia tanto más se renueva cuanto más se mundaniza*; y tanto más atrayente resulta al mundo, cuanto más se seculariza y más *lastre* suelta de tradición católica.

Sólo un ejemplo. El cristianismo *mundanizado* estima hoy que los Obispos deben asemejar sus modos de gobierno pastoral lo más posible a los usos democráticos vigentes –en Occidente–. El cristianismo *tradicional*, por el contrario, estima que los Obispos, en todo, también en los modos de ejercitar su autoridad sagrada, deben imitar fielmente y sin miedos a Jesucristo, el Buen Pastor, a los apóstoles y a los pastores santos, canonizados y puestos para ejemplo perenne. En efecto, los Obispos que en tiempos de autoritarismo civil, se asemejan a los príncipes absolutos, se alejan tanto del ideal evangélico como aquellos otros Obispos que, en tiempos de democratismo igualitario, se asemejan a los políticos permisivos y oportunistas. Unos y otros Pastores, al mundanizarse, son escasamente cristianos. Falsifican lamentablemente la originalidad formidable de la autoridad pastoral entendida al modo evangélico. En un caso y en otro, *el principio mundano, configurando una realidad cristiana, la desvirtúa y falsifica*.

Es evidente, pues, que una *adaptación* de las realidades cristianas a los modos accidentales de la vida del mundo puede ser, según los casos, benéfica y necesaria. Pero esa adaptación, en cuanto se refiere a aspectos más profundos, equivale simplemente a una descristianización del cristianismo. Y en esa clave, sin duda, ha de interpretarse la descristianización actual de las antiguas naciones cristianas.

Crecimiento del naturalismo liberal entre los católicos

La mentalidad del *catolicismo naturalista* –liberalismo, americanismo, modernismo, progresismo, da más o menos igual–, *va creciendo en las antiguas naciones cristianas de modo casi continuo hasta nuestros días*. Por él gran parte del pueblo cristiano cae en la apostasía, muchas veces sin advertirlo, pues «quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios» (Sant 4,4).

Los católicos mundanos son hoy mayoría en Occidente, y aceptan ya las tesis del naturalismo laicista no como hipótesis, por conveniencia o por prudencia, sino como *tesis*, esto es, por convicción. En todo ello, por supuesto, hay muchos grados; pero puede decirse, en síntesis, que los cristianos mundanos –es decir, socialistas, marxistas, nazis, liberales– han *interiorizado* los principios liberales que la Iglesia ha condenado largamente.

Según ellos, los cristianos, dejándose de actitudes *militantes* o *huidizas* ante el mundo, deben reconciliarse con él, adaptándose en mentalidad y costumbres. Así, la Constitución política debe prescindir de Dios –aun en el caso de que la gran mayoría del pueblo sea creyente–, y el Estado no ha de tener otro fundamento que el hombre, sea el partido omnisciente, sea la voluntad mayoritaria, abandonada a sí misma o, lo que es mucho más común, manipulada por unos pocos. Esto es lo más conveniente para «la paz». Y para el bien común es bueno que las leyes, en vez de apoyarse en Dios y en la ley natural, procedan simplemente de la mayoría de los votos –legalizar lo que está en la calle, o lo que se finge que está en ella– o de la decisión del partido infalible. Esto, a primera vista, simplifica enormemente las cosas; pero en realidad las lleva a una complejidad

abrumadora.

Así pues, la mayoría de los cristianos, deponiendo finalmente toda resistencia, se ha sumado a la empresa de edificar un mundo sin referencia alguna a Dios. A su juicio, es mejor así. Más aún, es algo necesario, al menos si se quiere que los cristianos, deponiendo los nefastos enfrentamientos pasados con el mundo, influyan de verdad en él. Y aún es más necesario, concretamente, si quieren evitar de una vez por todas «el odio del mundo», que les viene siguiendo desde la Cruz del Calvario (Jn 15, 18-21). Edificar el mundo sobre Dios no trae sino alienaciones del mundo visible, o divisiones, guerras y sufrimientos. En cambio, construir el orden mundano sobre el hombre, sobre la razón, sobre los valores humanitarios universales, eso es lo único que asegura la paz y el bien común de los pueblos. Es cierto que los hechos demuestran ampliamente lo contrario; pero no importa.

Fuera del Magisterio apostólico o de algunas voces integristas, en los últimos decenios apenas se alzan ya autores católicos que denuncien los errores y los horrores del naturalismo liberal, en cualquiera de sus diversas formas, pues éste, aplicándose en forma generalizada, ha invadido la mayoría de las mentes, presentándose como un fenómeno histórico irreversible –¡así se presentaba el marxismo, que en paz descanse!–.

El oportunismo semipelagiano

En la época primera de los mártires y también durante el milenio medieval la verdadera doctrina de la gracia –San Pablo, San Agustín, Santo Tomás– es la más común en el pueblo cristiano. A su luz se conoce que sólo Cristo puede vencer al mundo, y que para vencerlo prefiere usar de medios pobres y crucificados, «para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1Cor 1,29). La Iglesia entonces, como el Bautista, no se dice a sí misma: «no le diré al poderoso la verdad, pues si lo hago, me cortará la cabeza, y no podré seguir evangelizando». Por el contrario, sabiendo que la salvación del mundo la obra Dios, la Iglesia dice y hace la verdad, sin miedo a verse pobre y marginada. Y entonces es cuando, sufriendo persecución, evangeliza al mundo.

El cristianismo semipelagiano entiende que la introducción del Reino en el mundo se hace, pues, en parte por la fuerza de Dios y en parte por la fuerza del hombre. Y así estima que los cristianos, lógicamente, habrán de evitar por todos los medios aquellas actitudes ante el mundo que pudieran debilitar o suprimir su parte humana activa –marginación o desprestigio social, cárcel o muerte–. Y por este camino tan razonable se va llegando poco a poco, casi insensiblemente, a silencios y complicidades con el mundo cada vez mayores, de tal modo que cesa por completo la evangelización de las personas y de los pueblos, de las instituciones y de la cultura. ¡Y así actúan quienes decían estar empeñados en impregnar de Evangelio todas las realidades temporales!...

La descristianización

de las naciones cristianas

Se ha consumado en nuestro tiempo la apostasía de las naciones cristianas de Occidente. El Renacimiento, aunque admira la antigüedad pagana e inicia el menosprecio del pasado cristiano, aún acepta la Iglesia de Cristo. La Reforma protestante rechaza la Iglesia, pero admite a Cristo. La Ilustración rechaza la Iglesia y Cristo, pero dice creer en el Dios del deísmo. El Liberalismo que le sigue, y sus hijos liberales y socialistas, marxistas o nazis, no cree en la Iglesia, ni en Cristo, ni en Dios; sólo en el hombre. Finalmente, la Apostasía actual no cree ya ni en la Iglesia ni en Cristo, ni en Dios ni en el hombre.

La descristianización en las ciudades. Testimonios de misioneros Unitarios (1848)

No resulta inapropiado introducir algunas observaciones sobre la relación entre iglesias cristiana y población trabajadora. El grueso de la población humilde no asiste a culto alguno ni observa las prácticas religiosas, con

la excepción de las que tienen que ver con bautismos, matrimonios y funerales. En su mayoría parece haber perdido todo interés en la celebración pública del culto divino. La mayor parte de quienes todavía valoran los privilegios cristianos pertenecen, creo, a las iglesias de Inglaterra y Roma, y éstas probablemente aparecerán en la investigación como las que más esfuerzos hacen para atraérselos. No se entienda que digo que la gran masa de las clases trabajadoras no tiene religión. Muchos de ellos tienen un sentimiento religioso, de un carácter tosco y peculiar, adormecido y sin influencia por ello en circunstancias ordinarias, y poco aficionado a actos públicos o, quizás, a cualquier acto de devoción habitual, pero que sin embargo les evita muchos males y despierta sus esperanzas y temores en épocas de aflicción. Así sucede entre la mayoría. Pero la moderna ilustración ha producido otro partido que, confundiendo la piedad con sus abusos y envanecidos de su propia superioridad sobre la superstición, consideran a todas las religiones "fábulas astutamente inventadas". Resulta muy difícil conseguir causar una impresión satisfactoria en cualquiera de estos grupos. Uno está protegido por su ignorancia, el otro por su engreimiento, de forma que son casi impermeables a las influencias ordinarias.

No hay que suponer de lo que he dicho que entre las clases trabajadoras no existen, o son muy pocos, los que cumplen sus deberes religiosos con convicción y aceptación. Hay algunos de ellos, creo, en cada congregación cristiana en la ciudad. Mi objetivo ha sido simplemente mostrar cómo la población trabajadora reacciona ante la religión, y particularmente hacia el cristianismo. La esencia de mi testimonio es este tema es la siguiente. La *gran mayoría* de la población trabajadora no tiene la costumbre de asistir a culto alguno. Pero esta mayoría se compone de *tres* secciones desiguales. Un sector considerable consiste en quienes, en lo principal, son honrados y bienintencionados cristianos, que bien por falta de sintonía con las formas existentes de conducción de los servicios religiosos, por impedimentos debidos a circunstancias sobre las que tienen poco control y, quizás, muy a menudo por negligencia culpable, no frecuentan usualmente la casa de plegaria. Un mucho más amplio grupo está compuesto por personas ignorantes, mundanas y sensuales que, sin haberse tomado la molestia de rechazar el cristianismo, se desprecupan habitualmente de sus peticiones. El sector restante, que es más pequeño pero más vigoroso que los anteriores, cree que toda religión es un engaño y la ve como un enemigo de sus libertades y placeres. Así, los *no practicantes*, los *indiferentes* y los *no creyentes*, en las proporciones indicadas, constituyen la gran mayoría de la población trabajadora que no acostumbra a asistir a nuestros lugares de culto. Existe la *minoría*, que probablemente supera en número los grupos anteriores, a excepción de los indiferentes, y comprende cristianos de todas las confesiones. Muchos de ellos son personas de gran excelencia, que soportan las pruebas con fortaleza ejemplar y trabajan con devoción y dignidad para hacer el bien tanto en nuestras escuelas dominicales como en sus diarios paseos del deber.